

conociendo ya entonces el peligro que les amenazaba, aleccionados con la primera campaña de Druso, habían logrado comprometer contra Roma á los téucteros, brúcteros, cheruscos y á las tribus suevas mas próximas. Faltábales solo asegurarse la cooperacion de los catos cuando los sorprendió Druso con sus legiones, el cual aprovechó esta ocasion atravesando su territorio en direccion Nordeste, para presentarse en el de los cheruscos y penetrar hasta el Weser pasando al Este de Paderborn, tal vez junto á Corvey. El otoño alemán, es decir el invierno, la dificultad de aprovisionarse, y un enjambre de abejas que se había establecido en el campamento romano, y era mirado por las tropas como un presagio de desgracias, decidieron á Druso á emprender la retirada otra vez á Vétera. En esta el ejército romano corrió graves peligros; porque las tribus enemigas habían ocupado



Moneda de plata de Druso el mayor.—Representa varias armas germánicas y clarines, un estandarte, dos escudos y lanzas

las gargantas pobladas de espeso monte. Una vez llegaron á cortar tan completamente al ejército que no tenía esperanza de salvacion; pero los germanos en su ciega petulancia perdieron la ocasion de exterminarlo. Creyendo ya perdido al enemigo y que solo faltaba empezar la deseada carnicería, atacaron tan sin orden, que las legiones disciplinadas pudieron rechazarlos causándoles grandísimas pérdidas y llegar victoriosas al otro lado del Rhin, inquietadas solo de léjos por los proyectiles de los bárbaros. Los romanos llamaron esta accion de Arballo, pero no ha podido averiguarse en qué punto ocurrió. Dos nuevos fuertes ó castillos, el uno no se sabe dónde, pero sí que estaba distante del Rhin como unos 19 kilómetros, y el otro tan grande que tenía cabida para dos legiones, situado en la confluencia del Alme con el Lippe, Castro Aliso, tal vez donde hoy se encuentra el pueblo de Elsen, debieron demostrar á los habitantes que Roma pensaba conservar su conquista, amenazando desde este punto á los cheruscos que tenía delante, y por la espalda á los marsos, brúcteros, sicambros y catos. La carretera ó via militar desde Vétera á Aliso á lo largo del rio Lippe se empezó á construir el mismo año; se concluyó en uno ó dos años, y atravesaba los territorios de los brúcteros y sicambros. Al propio tiempo reforzó y ensanchó Druso la cabeza del puente de Maguncia, llamado castillo Matiacos, hoy simplemente Castel; y en una de las cumbres del Tannus entre Maguncia y Lahn erigió otro castillo imponente, destinado á proteger para siempre, como obra eterna, la orilla derecha del Rhin, que de este modo había cesado de ser la frontera entre ambas razas, como habían cesado de serlo los Alpes y el Danubio. Con esta fortaleza, hoy probablemente Saalburg, en el Mediodía y Aliso en el Norte, ambas distantes del Rhin, era fácil observar, atacar y tener en jaque á los germanos del interior. Entonces fué cuando Druso empezó á construir toda una cadena de puntos fortificados desde la cordillera de Tannus hasta Maguncia, y en la parte Norte desde el Rhin hasta la cordillera del Siebengebirg, á manera de mojon del futuro limite mas allá del Rhin.

La importancia de estas ventajas obtenidas en el mismo corazón de la Germania fué tan grande bajo el aspecto político y estratégico, que las legiones entusiasmadas solicitaron el permiso de saludar al general que por primera vez las había enseñado el rio Visurgis (Weser) como *imperator*. El senado concedió al vencedor esta ovacion; y al concluir el tiempo de su pretura, le promovió al proconsulado.

Al año siguiente, el décimo antes de nuestra era, marchó Augusto con sus dos hijos políticos á la Galia, desde donde el uno, Tiberio, fué enviado contra los panonios y dálmatas

sublevados, y el otro, Druso, pasando de nuevo el Rhin, pero esta vez por el lado de Maguncia y Bonn, se encargó de castigar á los catos, que habían abandonado el territorio de los ubios que les había sido designado, para unirse á los sicambros. La construccion de la fortaleza de Saalburg les había inspirado gran temor, y solo había podido llevarse á cabo despues de sangrientísimos combates con las tribus catas, de las cuales solo se quedaron en el país los matiacos bajo la dependencia de Roma por hallarse su comarca en el extremo Sudoeste del citado territorio.

Ambos generales regresaron vencedores y volvieron á Roma en compañía del emperador.

El infatigable Druso siendo cónsul del año 9 antes de Jesucristo, emprendió, apenas apuntaba el verano, su campaña magna contra los germanos, que debía ser la última de las suyas.

Pasó desde Maguncia al país de los catos, donde encontró una resistencia tenaz, por haberse unido probablemente todos los pueblos antes convenidos para oponerse á su paso. Haciendo grandes esfuerzos y despues de muchos combates sangrientos, arrolló todos los obstáculos, dejando al parecer á los enemigos aniquilados y convencidos de su propia impotencia, conforme se infiere de las operaciones que siguieron; porque el vencedor se dirigió desde allí al Sur hasta el territorio suevo junto al Mein donde á la sazón debían vivir los turingios hermanduros y acaso los marcomanos. Desde allí con inaudito arrojo marchó otra vez directamente al Norte para hacer sentir el peso de su brazo á los cheruscos, y no se detuvo como dos años antes en el corazón de su país á orillas del Weser, sino que pasó este rio, atravesando todo el territorio y el de sus vecinos menos numerosos hácia el Este, pasando por las pendientes septentrionales de los Montes Turingios, á lo largo de los rios Ilm y Saale hasta el Elba; marcha colosal, y empresa asombrosa que no podía menos de convencer á los germanos de que ni sus rios, ni sus selvas vírgenes y enmarañadas, ni sus dilatados pantanos intransitables y traidores eran bastantes para librarlos de las garras de las águilas de Roma.

Trató de pasar el Elba, pero desistió en vista de la actitud imponente y amenazadora de los senones y longobardos. En cambio erigió en la orilla izquierda un monumento triunfal en conmemoracion del resultado obtenido, y dispuso el regreso de la expedicion á la Galia.

La leyenda, que no podía menos de apoderarse de este jóven é incomparable héroe, cuenta que una profetisa germánica le avisó que no pasara el rio y le predijo su próximo fin. Esto prueba cuán grande había sido la impresion que había dejado en la imaginacion de los bárbaros aquel heredero del antiguo espíritu y valor romanos, que no contento con la fama de preclaro general, se había precipitado repetidas veces en los puntos donde mas mortífera era la lucha, para lograr el premio mayor y mas glorioso de los héroes de la antigüedad, la *spolia opima*, ó sea el «despojo principal de la victoria,» las armas de los jefes enemigos conquistadas por sus propias manos.

Durante la marcha de regreso cayó Druso del caballo, fracturándose el muslo, lesion que treinta dias despues, en 14 de setiembre, causó su muerte, á la temprana edad de 30 años, y á unos 280 á 300 kilómetros del Rhin, despues de haber pasado ya el Saale, al parecer en la Turingia. Espiró en brazos de su hermano Tiberio que al saberse en Roma la triste nueva de la caída había sido enviado inmediatamente por Augusto á ponerse al lado del herido. Solo volvió con su cadáver, al cual se hicieron los mas altos honores. El mismo emperador hizo la oracion fúnebre ante el pueblo en el circo Flamínio, y Tiberio en el Foro. El se-

nado le elevó estatuas y en la Via Apia, hoy Puerta de San Sebastian, un arco triunfal de mármol con trofeos; se acuñaron en su honor monedas con su retrato, y se le dió á él y á sus hijos el sobrenombre de Germánico, que su hijo mayor muy pronto debió merecer casi con el mismo derecho que su padre.

El campo fortificado, donde murió, fué llamado por los legionarios *scelerata castra*, «campamento maldito;» Tiberio viajando dia y noche sin descanso recorrió en un carro de la posta imperial las 200 millas que le separaban de Roma.

En Maguncia, en el punto mas elevado del castillo, erigieron las legiones un cenotafio, delante del cual debía celebrarse la memoria del ilustre difunto cada año en el mismo dia con sacrificios solemnes ofrecidos por las provincias de la Galia, y con carreras del circo, por los soldados, cuyo afecto se había sabido granjear Druso con su afabilidad, tanto que hasta los nobles mas distinguidos de los nervios pelearon bajo sus órdenes con los germanos.

En cambio dice con mucha razon un distinguido historiador alemán, Maskou, «que recuerdos muy diferentes tenían de él los germanos, porque no se había contentado, como tantos otros, con ganar una batalla, ó asolar una comarca ó un país, sino que todo su cálculo iba dirigido á establecer el poder de Roma para siempre, y á tener sujetos los pueblos con fortalezas.»

Los resultados de sus campañas hacían de la sumision de la Germania cuestion de pocos años. El país que poco antes pisaban los soldados romanos con terror, estaba sembrado á la sazón de castillos levantados en puntos estratégicos escogidos por un genio como el mundo produce pocos, y dispuestos para condenar á los bárbaros á la mas absoluta inmovilidad. No solamente había protegido el Rhin con mas de 50 fuertes y hecho de este rio una base militar para el ataque en los años 13 y 12 antes de nuestra era, sino que también había fortificado las orillas del Mosa, y establecido castillos en el Weser y, lo que parece increíble, hasta en las riberas del Elba. Había construido las grandes fortalezas de Aliso y Saalburg en el corazón de la Alemania; completado las obras de defensa de Bonn y Maguncia; unido en ambas plazas las dos orillas con puentes, y finalmente, creado varias flotillas que dominaban el curso del Rhin y hacían imposible todo ataque y sorpresa en cualquier punto y tiempo que fuera.

La muerte de un general feliz no era en la política de Roma motivo bastante para interrumpir ni un solo momento la empresa de la conquista de la Germania; así es que al año siguiente, 8 antes de nuestra era, pasó Tiberio el Rhin concediendo la paz á varios pueblos, pero no á los antiguos enemigos, los sicambros, que Dion Casio llama por equivocacion cántabros. Los sicambros habían empezado la lucha contra Roma en la orilla derecha del Rhin, pasando con frecuencia el rio; y cuando la necesidad les obligaba á hacer la paz y dar rehenes, tan luego como reponían sus fuerzas, abandonaban los rehenes á su miserable suerte y volvían á sublevarse de nuevo. Tiberio, por tanto, no quiso entrar en nuevos pactos de paz, sino que exigió la sumision completa; y el mismo Augusto, que estaba en Lion, no concedió la paz que algunas tribus vecinas de los sicambros le pedían, sino para despues de sometido este pueblo tan informal. Entonces se le presentaron los mismos régulos de las diferentes comarcas sicambrias á tratar de la paz; pero Augusto con verdadera falacia romana, se quedó con los embajadores faltando así traidoramente al derecho de gentes. Los nobles sicambros para no influir con su prision en las resoluciones de su pueblo, se mataron ellos mismos; mas fué inútil este sacrificio:

su pueblo descorazonado, privado del auxilio de sus vecinos y perdidos sus jefes, se sometió al vencedor que dominaba ya en el país. Tiberio trasladó una gran parte de la poblacion sicambra á la orilla izquierda del Rhin, como antes se había hecho con los ubios y retios; solo que distribuyó á los sicambros, despues de desarmarlos, en muchas ciudades y comarcas de la Galia, calculándose su número total en 40,000. ¡Bien pudo Horacio cantar:

*te cede gaudentes Sigambri  
composites venerantur armis!*

Desde entonces presentó Roma á los pueblos que no querían doblar el cuello bajo su yugo, el ejemplo de los sicambros, como hizo con los siluros en la Bretaña. Sin embargo, no por esto quedó este pueblo aniquilado como creían los romanos; porque los que no salieron de Alemania, se salvaron refugiándose mas al interior y volviendo acaso con el tiempo á su primer territorio; de esta manera se explica por qué poetas y prosistas posteriores hasta Sidonio dicen que los sicambros habitaban la orilla derecha del Rhin, y hay quien cree que estos sicambros que volvieron á su antiguo país son los marsos de que habla Tácito.

De todos modos, ni siquiera perdieron su sentimiento de nacionalidad los que habían sido trasladados al otro lado del Rhin, y, ¡quién sabe si en la nacion nueva que se formó en la Galia, es decir, entre los francos sálicos, no constituyeron los sicambros juntamente con los bátavos el grupo principal! El hecho es que cuando Clodoveo fué bautizado le llamaron «sicambro.»

Los mas suponen que el territorio de los sicambros fué ocupado por usipios y téucteros además del suyo propio; pero fuesen ellos ú otros los que allí se fijaban, siempre tenían que reconocer sin ninguna duda la soberanía de Roma.

Por aquel mismo tiempo, en el año 8 antes de J. C., sucedió que la poblacion sueva mas oriental, los marcomanos, dejó el territorio que ocupaba á orillas del Mein por verse amenazada seriamente á la vez desde Maguncia, Augsburgo y la fortaleza del Tannus (Saalburg), prefiriendo la libertad á un país donde sin embargo con poco trabajo sacaba ricos productos. Raza de sí movable, supieron sacar á última hora la cabeza del lazo que Druso hábilmente les había tendido. Hasta entonces las revueltas de la Panonia habían impedido que el ejército romano del Danubio se moviera desde el Sudeste hácia el Mein; pero vencido ya aquel país, podía moverse cualquiera primavera y entonces no había ya medio de escapar de las tenazas romanas.

Marobodo, marcomano de noble cuna, de preclaro talento, instruido en las cosas de la guerra y de la paz al estilo romano por haber servido en el ejército y vivido en la corte de Roma, fué quien aconsejó á su pueblo el abandono de su territorio y la retirada hácia el Este al país llamado Bohemia (Boiohem, Boierheim, Boenheim) por sus antiguos pobladores celtas los boyos. Una vez allí, fundó Marobodo un reino germánico suevo con muchas innovaciones sacadas de Roma.

Estrabon dice que Marobodo estuvo en Roma cuando adolescente; que Augusto le colmó de toda clase de beneficios y que luego se volvió á su país, donde dejando su posicion de simple particular, se puso á la cabeza de los negocios públicos, se apoderó del mando y extendió su dominio, no solamente sobre sus compatriotas los marcomanos, sino también sobre los lugios, pueblo numeroso, y otros. Es probable que despues de aconsejar á los suyos la emigracion, los guiara y acaudillara durante la marcha é instalacion en Bohemia, y despues por voluntad del pueblo fuera reconocido por rey legítimo: reino que alteró la institucion de la antigua

monarquía germánica con muchas instituciones y costumbres romanas.

Por largo tiempo Marobodo estuvo neutral en las luchas que siguieron entre Roma y los germanos occidentales, contentándose con someter a su cetro, además de los lugios y otros pueblos (cuyos nombres da Estrabon tan corrompidos que no es posible sacar de ellos el verdadero), el tronco principal suevo, los senones y los longobardos que habitaban ambas orillas del Elba y que quizá atemorizados por las legiones que allí se habían presentado se creyeron precisados a reunirse bajo el mando de un rey poderoso. Además dice el mismo autor griego que Marobodo extendió su poder también sobre pueblos godos distantes, como los gutones.

El país entre el Rhin y el Mein que había quedado desierto con la partida de los marcomanos fué muy pronto ocupado por muchos inmigrantes aventureros de la Galia, celtas descontentos del gobierno romano y pobres; pero estos celtas no eran bastante numerosos para conservar su nacionalidad entre emigrantes romanos y otros germánicos como hermanduros, catos, borgoñones y muy posteriormente francos y alamanos; y además el país fué gobernado como romano por su importancia estratégica y llamado «los predios de diezmo» por haberle impuesto Roma esta tributación. Los hermanduros se establecieron en estas comarcas el año 6 antes de J. C. con el beneplácito del gobierno romano, que les impuso en cambio la obligación de defenderlas contra los otros germanos, como una especie de vanguardia; y para asegurarse de la fidelidad de esta vanguardia había en las lomas y puntos mas estratégicos a lo largo del Saale una serie de fuertes con guarniciones no germánicas, que servían al propio tiempo para defender los desfiladeros y pasos por los Montes Turingios é imponer respeto á las tribus germánicas en el Nordeste.

Al acercarse el otoño volvieron Augusto y Tiberio á Roma, donde uno y otro tomaron el título de «imperator» con motivo de la sumisión de los sicambros. Augusto cedió á su hijo político los honores del triunfo; le dió el consulado del año siguiente, y cerró por tercera vez el templo de Jano en señal de estar Roma en paz con todo el mundo, lo cual no fué obstáculo para que al año siguiente fuese Tiberio «á la guerra de Germania para reprimir movimientos.»

Durante su destierro voluntario á Rodas, dice un autor de la época, «rebelóse la Germania otra vez mientras su vencedor tenía la vista fijada en otra parte.» Obtuvo entonces el mando en jefe de las tropas Marco Vinicio que quedó vencedor en algunas partes, y en otras «sostuvo la lucha», expresión muy modesta que significaba que los resultados obtenidos habían sido insignificantes; pero á pesar de esto fué recompensado con una inscripción laudatoria y los ornamentos ú honores triunfales.

En el mismo tiempo, el año 2 antes de nuestra era, se emprendió la expedición del legado imperial Domicio Enobarbo, el abuelo de Neron, que segun Tácito realmente fué mas léjos que ningun romano hasta él en el interior de Germania. Domicio Enobarbo, probablemente desde Augsburgo, despues de pasar por el país adicto de los hermanduros, penetró en dirección del Nordeste mas allá del Elba siguiendo su marcha á lo largo de la otra orilla de este río hasta gran distancia. El mismo general construyó al año siguiente, el anterior á la venida de J. C., una carretera sobre terraplen al través de los terrenos turbosos de la Westfalia, por lo cual obtuvo en recompensa los ornamentos ó insignias triunfales; pero fuera de estos hechos aislados, parece que hubo una gran pausa en las empresas contra la Germania, debida probablemente á la retirada de Tiberio del campo de la política.

Tiberio, adoptado por el emperador como hijo en 27 de junio del año 4 de nuestra era, volvió en el mismo año á la Germania. Veleyo Patérculo que le acompañó en calidad de general de la caballería, refiere lo que sigue de esta campaña: Despues de haber vencido á los caninefatos, atuarios y brúcteros, volvió á obtener la adhesión de los cheruscos por medio de un tratado; pasó el Weser y penetró al otro lado en el interior. Estas marchas duraron hasta el mes de diciembre; entonces construyó en el país de los cheruscos un campamento de invierno en las fuentes del Lippe (que sería cerca de la fortaleza de Aliso), donde dejó una guarnición respetable y al cual volvió en la primavera del año siguiente, despues de haber atravesado los Alpes en su vuelta á Roma con inaudito trabajo á causa de la acumulación de la nieve y del hielo. De este campamento salió la expedición magna del año siguiente, 5 de nuestra era, con lo cual se ahorraron las legiones muchas marchas penosas y se facilitó la combinación de los movimientos con los de la escuadra, segun luego veremos.

Los cheruscos estaban entonces dominados completamente, pues que de otro modo no habrían invernado en país tan inhospitalario y rudo las legiones de Tiberio. Mas, Roma no limitaba su política al empleo de la fuerza bruta, sino que romanizaba donde podía por todos los medios pacíficos y prudentes, distinguiendo particularmente á los caudillos y reyezuelos de tribu, que servían en sus ejércitos. Esto hizo con dos hijos de Segimero, uno de los caudillos cheruscos, que se llamaban Arminio y Flavio; y con su tío, hermano de Segimero, Inguomero, muy partidario de Roma. Otro caudillo cherusco, Segestes, había cobrado afecto á Roma y había aconsejado constantemente la unión con el imperio; es decir la sumisión. Este había sido favorecido por el emperador con el derecho de ciudadanía romana; y él mismo había hecho sacerdote romano á su hijo Segimundo que servía el altar de los ubios en Colonia, centro del culto de Augusto para la provincia Germania.

Se ve, pues, que uno de los objetos principales de la política de Tiberio era la creación de un partido romano en todos los pueblos germánicos, que luego facilitara la paulatina romanización de toda su colectividad, vigilara á los desafectos, inutilizara sus maquinaciones hostiles, protegiera los establecimientos romanos en el país y facilitara la vuelta y el paso de las legiones. Al mismo tiempo con este partido se sembraba la división entre las tribus y sus individuos y se debilitaba su fuerza y empuje. Esta política había surtido buen efecto entre los sicambros, cheruscos y catos, y por eso Tiberio, se jactaba de haber logrado mas con su habilidad que Druso y Germánico con las armas.

No hay que decir que cada comarca supeditada de esta manera facilitaba el ataque á las limitrofes, el abastecimiento y en caso necesario la retirada de las legiones, y finalmente el avance progresivo de la base de operaciones, la consiguiente construcción de nuevas plazas fuertes y castillos, y la comunicación entre el interior y el Rhin para los avisos de cualquiera ocurrencia.

En estas circunstancias se dirigió Tiberio, desde el país de los cheruscos, auxiliado, guiado y reforzado por ellos, á lo largo de los rios Weser y Aller contra los caucos, establecidos en ambas orillas del Weser en las tierras bajas entre el Ems y el Elba, á quienes había atacado Druso por el lado opuesto, es decir, por el Mar del Norte, ayudado de los frisones. A la sazón procedía el ataque principal del lado del Sur, al mismo tiempo que una numerosa escuadra que había salido del Rhin navegaba por las costas del Mar del Norte y subía por el Elba hasta muy adentro del país, sembrando el terror entre los habitantes estupefactos de ambas ori-

llas, despues de haberse reunido en un punto convenido de antemano, probablemente mas arriba de Hamburgo, con las fuerzas terrestres que desde el Rhin habían recorrido la distancia de 400 millas romanas ó sean 592 kilómetros. Resultado digno de admiración y que da una alta idea de los conocimientos, talento y organización militar de los romanos, si se considera que para reunirse tan exactamente las fuerzas de mar y tierra en un punto fijado y tan distante, las últimas habían tenido que hacer 148 leguas de marcha por un territorio completamente desconocido y salvaje. Las tribus numerosas de los dos grupos caucos se convencieron de que sus pantanos y territorio turboso no les protegían contra las armas romanas, y sus guerreros jóvenes se presentaron en gran número con sus jefes en el campamento romano construido junto á la orilla izquierda del río, donde en señal de sumisión depusieron sus armas ante el tribunal del «imperator» Tiberio. Desde entonces dieron á los romanos contingentes auxiliares numerosos y muy apreciados de los generales.

No hay duda que dominado el Elba por la escuadra, Tiberio podría haber pasado al otro lado del río á dar una lección á los senones, hermanduros y longobardos que habían colocado allí sus fuerzas reunidas, pero que se habían retirado al interior apenas vieron aparecer las galeras romanas. Pero prefirió con previsora moderación contentarse con la impresión que había producido en aquellas tribus á exponerse á una derrota eventual con el río á sus espaldas. Veleyo como testigo ocular dice que un anciano de elevada estatura y adornado con los distintivos de rey se adelantó y metiéndose en una canoa hecha de un tronco de árbol vaciado por medio del fuego llegó hasta el centro del río, donde pidió permiso para pasar á la otra orilla y ver al César. Se le concedió, y el anciano se acercó y despues de contemplar un rato al general, dijo: «Nuestra juventud es demente; cuando estás léjos te venera, y cuando estás cerca prefiere temblar ante tus armas á fiarse de tus palabras. Hoy es el día mas feliz de mi vida, porque he visto con mis propios ojos la divinidad, de la cual solo había oído hablar.» Aunque esta relación se considere como una repugnante adulación de parte del autor, queda siempre el fondo positivo de la profunda impresión que la incomparable superioridad de los romanos había hecho en los bárbaros.

Desde allí llevó Tiberio sus tropas á sus cuarteles de invierno. La escuadra reconoció las costas hasta la punta extrema de Jutlandia y el Categat. Por el camino los germanos, probablemente longobardos, atacaron de improviso á las fuerzas romanas, pero fueron rechazados con grandes pérdidas.

A su regreso á Roma, llamóse Tiberio por cuarta vez «imperator.» Augusto confirió á Sentio Saturnino, segundo de Tiberio, y á la sazón prefecto de Germania, las insignias triunfales, y él mismo tomó el título de «imperator» por décimaquinta vez. Sentio Saturnino, hombre inteligente, benévolo y activo, que funcionaba en el país de los catos como legado del emperador, había sido en esta expedición de grandísima utilidad por lo bien que conocía y sabía atemperarse al carácter y costumbres de los germanos. Veleyo Patérculo en su escrito dice: «en toda la Germania no quedaba mas pueblo por conquistar que los marcomanos,» y basta echar una mirada sobre el mapa para convencerse de la verdad de su aserto jactancioso, si se prescinde del país situado detrás de los marcomanos y del Elba y que para los romanos era completamente desconocido. Siendo pues cosa resuelta la sumisión de toda la Germania, era evidente, aunque no fuera sino por razones estratégicas, que el turno tocaba ya á los marcomanos. Ciertamente los cheruscos se

mostraban muy adictos á Roma, y caso de que los marcomanos hubiesen querido hacer la menor demostración hostil, los cheruscos lo habrían sabido los primeros; y á no ser tan fieles, bien habrían aprovechado la coyuntura durante el regreso de las fuerzas romanas al través de su país. Pero lo que no había sucedido, podía suceder, y entonces peligraba el dominio de Roma sobre los cheruscos y sobre todos los pueblos del Norte; á lo que se agregaba el otro peligro que ofrecía la Bohemia, dilatadísimo triángulo guardado por inaccesibles cadenas de montañas cubiertas de selvas vírgenes, que hacían del país de los marcomanos un inmenso campamento fortificado siempre pronto á atacar la línea del Danubio. Este ataque era tanto mas temible cuanto mayores eran el número y fuerza de los marcomanos, los cuales siglo y medio despues sostuvieron contra Roma una guerra que exigió esfuerzos supremos de parte del imperio. El pueblo marcomano, además de ser muy numeroso, no estaba dividido en comarcas regidas por caudillos tercios, animados de mutua envidia y deseosos de hacer guerras y correrías por su cuenta, sino que á todos gobernaba la férrea mano de Marobodo, instruido en la táctica y política romanas, que había ya dado pruebas de su penetración y talento salvando la independencia de su pueblo por el medio heroico de la emigración á última hora, y que había fundado un reino poco menos que absoluto á la manera de los emperadores, convencido de que la unidad de mando y dirección era la única salvación en frente de Roma y de que esta unidad solo podía imponerse á los germanos por la fuerza. Era uno de esos caracteres que persiguen un ideal, que son dominados por él, y que con él identifican su existencia, siendo instrumentos predestinados del ideal que representan. Arminio que era de una naturaleza análoga, aunque mas grandiosa, y animada de un ideal mas puro, el amor de su pueblo, no dejó de conocer que el único medio de salvación era la monarquía, y la ambicionó también para sí.

Marobodo y Arminio quisieron ser soberanos absolutos de todo su pueblo para salvar su independencia. Aquel sucumbió por exagerar su dominio hasta la tiranía, y este por la envidia y los celos de los otros caudillos; pero la empresa de Marobodo fué mas notable por ser la primera tentativa que se hizo para trasformar, mejorar y fortalecer la antigua monarquía germánica con la admisión de instituciones y de un poder á imitación de las instituciones y del imperio romano: es decir, que trató de emplearse el mismo procedimiento que mucho tiempo despues, cuando invadieron los germanos el territorio romano, dió origen á los diversos reinos germánicos que en él se levantaron. Pero la tentativa de Marobodo, hecha en territorio germánico, sin tener súbditos romanos provinciales, sin instituciones romanas anteriormente establecidas, no podía menos de fracasar. Era demasiado prematura; carecía de base y constituía una contradicción patente con todas las relaciones sociales y costumbres del pueblo á la sazón existentes.

Marobodo, antes de encargarse de la conducción del pueblo marcomano á Bohemia, había sido simple particular segun Estrabon, es decir, no era rey ni conde, pero descendía de familia noble y antigua, habiendo ocupado su padre una posición eminente en su pueblo. Despues de verificada con buen éxito la traslación á Bohemia, una vez hecho duque ó general en esta expedición, había alcanzado la dignidad real sobre los marcomanos, y á imitación de los emperadores romanos se habían creado una guardia de corps y había fortificado su morada que los antiguos llamaban Marobudum ó Marobodunum, y que se cree estaba situada donde hoy está Budweis. En lugar del llamamiento general de hombres armados que hacia las veces de ejército entre los germanos,